

La evolución de la imagen de España en Europa a la luz de las traducciones del *Quijote* al alemán del siglo XVIII

María del Carmen Rivero Iglesias

Universidad de Oviedo

Se pretende exponer en este trabajo cómo las circunstancias históricas determinaron en el siglo XVIII el aislamiento de España con respecto a una Europa en ebullición cultural y cómo, no obstante, sobrevive aún en este siglo un último embajador exterior de la cultura española encarnado en el *Quijote* de Cervantes. El vacío de esta centuria en cuanto a las relaciones exteriores del país se refiere es llenado, en este sentido, por la obra cumbre de la literatura española que se transmite, en un contexto en el que ni España ni lo español están de moda, a través de traducciones. Analizaremos brevemente, por un lado, la primera traducción dieciochesca aparecida en el año 1734 a cargo de Christian Wolf y una segunda firmada por Bertuch para comprobar en ellas una evolución de la imagen de España que discurre de modo paralelo también a la evolución de la interpretación de la obra española que adquiere, en último término, el estatus de clásico universal. Con ello asistimos a una recuperación de las relaciones culturales hispanogermanas que no habría sido posible sin la eficiente labor de los ilustrados alemanes a favor de la difusión de la cultura española con la obra maestra cervantina como estandarte.

Podríamos afirmar que las relaciones culturales entre España y Alemania comienzan con la vastísima y privilegiada herencia del emperador Carlos V (Hoffmeister 1980: 70) en cuyos territorios, como reza la famosa frase, nunca se ponía el sol. La procedencia germana del emperador reprime, en primera instancia, los recelos inherentes a la grandeza de un país que por aquel entonces ostentaba la hegemonía en el continente europeo gracias, en buena parte, a los ingresos procedentes de América y al auge del comercio. No sucederá lo mismo durante el reinado de su hijo, Felipe II, que será visto como la viva encarnación del

despotismo en un contexto político europeo no absolutista. La propaganda antiespañola, centrada en el fanatismo, la crueldad de los ejércitos y en las desmesuradas ansias de poder del país se forja durante su reinado y derivará en una Europa polarizada en dos posicionamientos antagónicos: a favor de lo español en los territorios católicos y en contra en los territorios protestantes. En general, en cualquier caso, España aparece en Europa anclada aún en los valores medievales. Señala Vossler (1945: 75) que España se mantiene, incluso en los períodos de relativo esplendor, al margen de las conquistas científicas.

Los más genuinos representantes de la matemática española en el periodo en el que Vieta, Descartes, Fermat y Pascal asombran al mundo, son libros de cuentos y geometrías de sastres. [...] Las matemáticas se miraron como un estudio abstracto de pocas o muy remotas aplicaciones, y de ahí nació que en los reinados de Carlos V y de Felipe II todos los ingenieros eran italianos.

El propio Cervantes (2002: 611) nos da en su obra algún dato con respecto a la imagen de España en la Europa de la época:

Alli [en Italia], más que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenida por arrogante.

Se trata, en cualquier caso, de una animadversión biunívoca que los autores españoles plasman en sus obras desde diferentes intensidades. Quevedo o Cervantes hacen referencia al respecto en sus obras pero es en *El Criticón* de Gracián (2001: 224) donde esta rivalidad aparece representada de forma más clara:

Estraño deujo ha sido el de Alemania- decía Andrenio.

Y Critilo: - sí, cual yo me lo imaginaba.

¿Qué os ha parecido de aquella tan estendida provincia, la mayor sin duda de Europa? Decidlo en puridad.

-A mí -respondió Andrenio-, lo que más me ha contentado hasta hoy.

Y Critilo:

-A mí la que menos.

-Por eso no se vive en el mundo con un solo voto.

-¿Qué te ha agradado a ti más en ella?

-Toda, de alto a bajo.

-Querrás decir Alta y Baja.

-Eso mismo.

-Sin duda que su nombre fue su definición, llamándose Germania a germinando, la que todo lo produce y lo engendra, siendo fecunda madre de vivientes y de víveres y de todo cuanto se puede imaginar para la vida humana.

-Sí- replicó Critilo-; mucho de extensión y nada de intención, mucha cantidad y poca calidad.

-¡Eh! Que no es una provincia sola-proseguía Andrenio, sino muchas que hacen una; porque si bien se nota, cada potentado es casi un rey y cada ciudad una corte, cada casa un palacio, cada castillo una ciudadela, y toda ella un compuesto de populosas ciudades, ilustres cortes, suntuosos templos, hermosos edificios e inexpugnables fortalezas.

-Eso mismo hallo yo- dijo Critilo- que la ocasiona su mayor ruina y su total perdición, porque cuantos más potentados, más cabezas, más caprichos; y cuantos más caprichos, más disensiones. Y como dijo Horacio, lo que los príncipes deliran, los vasallos lo suspiran.

-No me puedes negar -dijo Andrenio- su abundancia y su opulencia. Mira que abastecida de todo, que si dicen España la rica, Italia la noble, también Alemania la harta. ¡Qué abundante de grano, de ganados, pescas, cazas, frutos y frutas!, ¡qué rica de minerales! ¡qué vestida de arboledas!, ¡qué adornada de bosques, hermosada de prados!, ¡qué surcada de caudalosos ríos, y todos navegables! De tal suerte que tiene más ríos Alemania que las otras provincias arroyos, más lagos que las otras fuentes, más palacios que las otras casas, y más cortes que las otras ciudades.

-Así es- dijo Critilo-, yo lo confieso; mas en eso mismo hallo y su destrucción y que su misma abundancia la arruina, pues no hace otro que administrar leña al fuego de sus continuas guerras en que se abrasa, sustentando contra sí muchos y numerosos ejércitos, lo que no pueden otras provincias, especialmente España, que no sufre ancas.

-Pero viniendo ya a sus bellos habitantes -dijo el Acertador-, ¿cómo quedáis con los alemanes?

-Yo muy bien- dijo Andrenio. Hanme parecido muy lindamente, son de mi genio; engañanse las demás naciones en llamar a los alemanes los animales, y me atrevo a decir que son los más grandes hombres de la Europa.

-Sí -dijo Critilo-, pero no los mayores.

-Tiene dos cuerpos de un español cada alemán.

-Sí, pero no medio corazón.

-¡Qué corpulentos!

-Pero sin alma.

- ¡Qué frescos!
- Y aún fríos
- ¡Qué bravos!
- Y aun feroces
- ¡-Qué hermosos!
- Nada bizarros
- ¡-Qué altos!
- Nada altivos
- ¡Qué rubios!
- Hasta en la boca
- ¡Qué fuerzas las tuyas!
- Mas sin bríos: son de cuerpos gigantes y almas enanas.
- Son moderados en el vestir
- No así en el comer
- Son parcos en el regalo de sus camas y menaje de sus casas.
- Pero destemplados en el beber.
- ¡Eh!, que ése en ellos no es vicio, sino necesidad. ¿Qué había de hacer el corpacho de un alemán sin vino?
- Fuera un cuerpo sin alma: él les da alma y vida.
- Hablan la lengua más antigua de todas.
- Y la más bárbara también
- Son curiosos de ver mundo
- Y si no, no serían dél
- Hay grandes artífices
- Pero no grandes doctos
- Hasta en los dedos tienen la sutileza
- Mas valiera en el cerebro
- No pueden pasar sin ellos los ejércitos
- Así como ni el cuerpo sin el vientre
- Resplandece su nobleza
- ¡Ojalá su piedad! [...]

Para la visualización gráfica de la posición de España dentro del concierto europeo resulta ciertamente útil este grabado recuperado por Durchhardt (2002: 76).

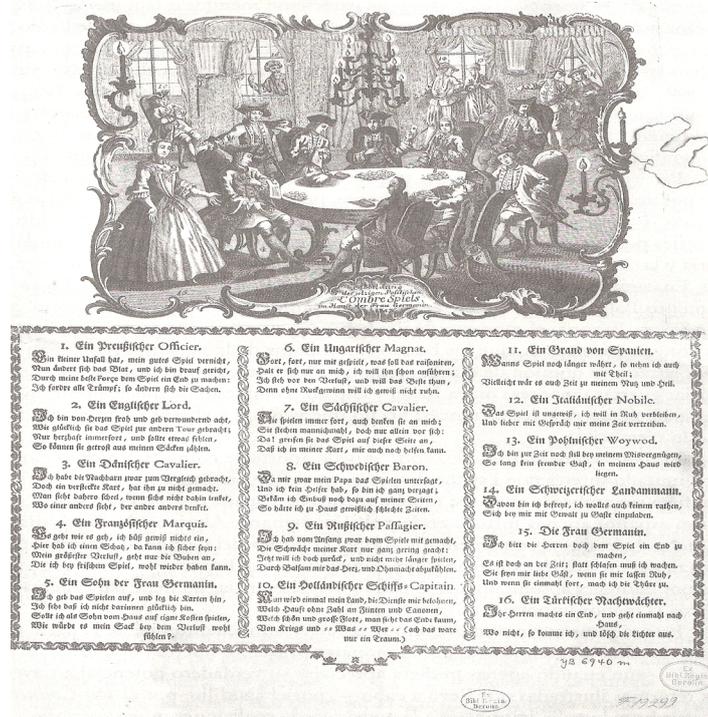


Abbildung des jetzigen Politischen l'Ombre Spiels im Hause der Frau Germanin Berlin, Staatsbibliothek zu Berlin — Preussischer Kulturbesitz — Handschriftenabteilung

Aparece retratada en el grabado una reunión en casa de la señora Germana a la que acuden representantes de la nobleza de diferentes países en el contexto de la paz de Westfalia. Podemos observar cómo las presencias más cercanas a la anfitriona son el representante francés y su propio hijo. Inglaterra posee un puesto central en la mesa hacia el que la señora Germana extiende su mano. Además, Inglaterra se encuentra situada inmediatamente a la derecha del oficial prusiano que muestra en su mano el as. El *lord* inglés ha acumulado de forma visible muchas más riquezas que el resto de los nobles pues de todos ellos, es el único que posee sacos. El caballero español, en contraste, no tiene ni siquiera un puesto en la mesa sino que conversa con un noble italiano junto a la ventana. A cada uno de los representantes nobles se le atribuye una frase. La del español reza:

Wenn das Spiel noch länger währt, so nehme ich auch Mit theil; vielleicht wär es auch Zeit zu meinem Nutz und Heil. [‘Si la partida durara algo más, tomaría parte en ella. Le haría bien a mi salud’, trad. C.R.]

Dos nobles más conversan también junto a la ventana, el caballero suizo y el polaco mientras que sólo uno de ellos, el turco, ocupa una posición más alejada de la mesa pues se encuentra al otro lado de la ventana, fuera del recinto. Una alegoría bien representativa del nuevo reparto de poder en Europa y de la situación de España dentro del mismo.

La historia de España, marcada por las ansias expansionistas y por la obsesión por la unidad religiosa no deja de granjearle importantes enemigos en la Europa que ahora asiste a su ocaso hegemónico. Pero dejemos resumir a Cadalso (1985: 55-56), en sus *Cartas Marruecas*, este proceso de declive histórico desde los Reyes Católicos hasta el siglo XVIII:

Incorporáronse tantas provincias tan diferentes en dos Coronas, la de Castilla y la de Aragón, y ambas en el matrimonio de don Fernando y doña Isabel, príncipes que serán inmortales entre cuantos sepan lo que es gobierno. [...] Nególes el cielo este gozo [de tener un heredero varón] y su cetro pasó a la casa de Austria, la cual gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas de España que, así en Alemania como en Italia, tuvo que sostener Carlos I de España, hasta que, cansado de sus mismas prosperidades, o tal vez, conociendo con prudencia la vicisitud de las cosas humanas, no quiso exponerse a sus reveses y dejó el trono a su hijo, don Felipe II. Este príncipe, acusado por la emulación por ambicioso y político como su padre pero menos afortunado, siguiendo los proyectos de Carlos, no pudo hallar los mismos sucesos aun a costa de ejércitos, armadas y caudales. Murió dejando a su pueblo extenuado con las guerras, afeminado con el oro y la plata de América, disminuido con la población de un mundo nuevo, disgustado con tantas desgracias y deseoso de descanso. Pasó el cetro por las monarquías de tres príncipes menos activos para manejar tan grande monarquía, y en la muerte de Carlos II no era España sino el esqueleto de un gigante.

El siglo XVIII acogerá en sus primeros años la culminación del enfriamiento de las relaciones hispanogermanas hasta la llegada de los ilustrados alemanes que deberán enfrentarse a una hercúlea labor de recuperación de la literatura española posicionándose en contra de una búsqueda de identidad intelectual de Alemania centrada, en exclusividad, en los modelos inglés y francés, modelo este último que proyecta una imagen de España como la sintetizada por el Marqués d'Argens en 1736, que define de la siguiente manera el carácter español: «orgullo, hipocresía, ignorancia, santurronería, carácter supersticioso, vanidad, ridiculidad, fanatismo, ceguera además del odio a los franceses» (Brüggemann 1956: 9).

El *Quijote* es, en este contexto de vacío, carencia y enemistades en las relaciones exteriores, prácticamente la única obra española que

traspasa las fronteras nacionales y, desde luego, la única que adquiere dimensiones interpretativas de tal resonancia. Paradójicamente, la forja de la universalidad del *Quijote* nace en Francia e Inglaterra, se desarrolla en Alemania y es devuelta a su país originario como clásico. La obra, en un principio, meramente concebida como burla de las novelas de caballerías va adquiriendo grados de significación más y más complejos. Rapin es el inaugurador de las interpretaciones trascendentes del *Quijote* (Martínez Mata 2007: 180) leyendo la obra en primera instancia como sátira de la nobleza española de la época. Los novelistas ingleses serán en realidad los que otorguen a Cervantes un rol tangible dentro de la historia de la literatura y convertirán la novela cómica a imitación de Cervantes en un género de gran eclosión que Alemania acogerá, más tarde, con los brazos abiertos. Será en Alemania donde la interpretación de la obra dé un giro de ciento ochenta grados para convertirse en lo que Herder considerará la esencia de lo español: el espíritu caballeresco.

Veamos de qué manera se refleja esta evolución en las traducciones. La primera traducción del *Quijote* al alemán aparece de forma mucho más tardía que en Francia e Inglaterra, probablemente, porque el público lector culto podía acceder con facilidad a las traducciones francesas. Lo cierto es que, el remontamiento intelectual que se produjo en la Alemania del XVIII pasó por una labor de recuperación de la lengua alemana para el ámbito literario e intelectual y esta circunstancia, junto con el desconocimiento general del idioma, en un contexto en el que, como ya se ha señalado, ni España ni lo español estaban de moda, debió de favorecer la aparición de las dos traducciones al alemán de la obra española de este siglo. El mismo Goethe (1951: 743-744) confiesa su poco conocimiento del idioma:

Una antología hispánica, enviada por el señor Perthes, diome mucho gusto, asimiléme de ella lo que pude, no obstante tropezar con muchas dificultades por mi escaso conocimiento del idioma.

Y eso a pesar de que, como señala en 1782, Cervantes le mantiene sobre sus actas como un flotador al nadador y de ser uno de los pocos alemanes que poseían una edición española del *Quijote* que le prestó en repetidas ocasiones a Schlegel (Endress 1999: 61). La labor de recuperación de la literatura española fue muy meritoria pues, como señala Bertrand (1950: 9).

Los amigos de España tenían que luchar contra la ignorancia o la hostilidad. Gottsched no conocía a Calderón, ni la comedia española. No se sabía nada de Lope, a quien llamaban López de Vega, distinguiéndole de un tal Carpio.

Analícemos, en fin, las dos traducciones de la obra en este siglo XVIII, la primera de Wolf en 1734 y la segunda de Bertuch en 1775. Un estudio de ambas mostrará cómo la labor crítica ejercida por el traductor revela dos concepciones de España y de lo español cuasi antagónicas. El traductor de 1734 parte del modelo francés como texto origen por lo que no sorprende en absoluto que el texto meta haga hincapié en la interpretación satírica de la obra. Desde esta perspectiva, el *Quijote* no sería más que una lección moral de las negativas consecuencias que acarrearían los nocivos gustos literarios de la España de la época, anclada en los ideales caballerescos y amorosos medievales tan anacrónicos como el propio don Quijote. Así lo expresa explícitamente el traductor en su prólogo:

El contenido del libro es en general satírico [...] Cervantes, una cabeza ingeniosa, no pudo soportar el extendido y perjudicial gusto de la nación de su tiempo e intentó por esto mismo mejorar algo con su libro.

La obra maestra cervantina, en cualquier caso, no es una sátira cualquiera sino una sátira aplicable a todos los terrenos de la vida humana:

[...] podría afirmarse rotundamente que, así como en todas las profesiones se da una determinada pedantería, del mismo modo hay don Quijotes entre todos los tipos de personas. Los regentes, los soldados, la profesión espiritual tienen su Quijote. Los hay filosóficos, críticos y poéticos.

En la traducción de 1775, Bertuch, a diferencia de Wolf, parte del original español prescindiendo, por tanto, del modelo de su predecesor para optar por la primera traducción de Basteln von der Sohle aun a pesar de que sólo constara de los veintitrés primeros capítulos. La figura de Cervantes es fuertemente ensalzada y se le compara con Homero, lamentando la casi absoluta carencia de datos de la vida del autor. Esta idea de la universalidad que ya había aparecido en la traducción de 1734 se desarrolla un grado más. Don Quijote sigue siendo un contraejemplo pero ya no es una sátira universal sino la representación simbólica de un conflicto humano universal: el del exceso de idealismo. Don Quijote es ya paradigma de un conflicto humano al igual que lo son Fausto, Madame Bovary u Othello. Se hace hincapié, en este sentido, en la perspectiva trágica de la obra en detrimento de la interpretación puramente satírica que se recrea más bien en las escenas cómicas. A pesar de que el traductor se tome ciertas libertades, como la supresión de los episodios intercalados en la primera parte, nos encontramos ante una traducción de carácter mucho más moderno que el de su predecesora.

Esta evolución de la interpretación de la obra cervantina, que resta progresivamente negatividad a la imagen de España a medida que supera la interpretación satírica, convertirá de forma paulatina al país, en palabras de Dumas, «en una tierra de capa y espada que ha dado a luz a hombres de la talla de Lope de Vega, Cervantes o Velázquez» (citado en Ortas Durand 2006: 39).

El esfuerzo de recuperación de la literatura española por parte de los ilustrados alemanes, con Lessing y Dieze a la cabeza, posibilitó, en conclusión, una interpretación de la obra maestra española mucho más justa y la liberación de España del estigma de la leyenda negra sentó las bases para una nueva concepción de España y de lo español que los románticos alemanes recogerían para ofrecer una visión exótica del país y para ver en el *Quijote* la gran novela nacional.

Bibliografía

a) Ediciones de textos

Cadalso, José de (1985): *Cartas Marruecas*. (Manuel Camarero, ed.) Madrid: Castalia.

Cervantes Saavedra, Miguel de (1998): *Don Quijote de la Mancha*. (Francisco Rico, dir.) Barcelona: Crítica.

— (1734): *Historie von Don Quixote. Des berühmten Ritters, Don Quixote von Mancha, lustige und sinnreiche Geschichte, abgefasst von Miguel Cervantes Saavedra*. Leipzig: Verlegts Caspar Fritsch.

— (1775-1777): *Leben und Thaten des weisen Junkers don Quixote von Mancha aus der Urschrift des Cervantes, nebst der Fortsetzung des Avellaneda. In sechs Bänden von Friedr. Just. Bertuch*. Leipzig und Weimar: [s.n.]

— (2002): *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. (Carlos Romero Muñoz, ed.) Madrid: Cátedra.

Goethe, Johann Wolfgang (1951): *Obras completas*, (trad. Cansinos Assens). Tomo III. Madrid: Aguilar.

Gracián, Baltasar (2001): *El Criticón*. [Intr. de Aurora Egido; colofón de Miguel Batllori; texto anotado y fijado por Carlos Vaíllo]. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

b) Bibliografía crítica

- Bertrand, J. A. A. (1950): «Primicias del hispanismo alemán, El iniciador J.A. Dieze», *Clavileño* I, 9-13.
- Brüggemann, Werner (1956): «Die Spanienberichte des 18. und 19. Jh. und ihre Bedeutung für die Form und Wandlung des deutschen Spanienbildes», *Spanische Forschungen der Görregesellschaft* I, 12, 1-146.
- Durchhardt, Heinz (2002): «Distanciamiento y alienación: la imagen de España en Alemania desde la Paz de Westfalia a Federico II», en: Vega Cernuda, Miguel Ángel / Wegener, Henning (eds.): *España y Alemania: percepciones mutuas de cinco siglos de historia*. Madrid: Editorial Complutense, 67-78.
- Endress, Heinz-Peter (1999): «Goethe y Cervantes», *Iberoromania* 50, 58-67.
- Hoffmeister, Gerhart (1980): *España y Alemania. Historia y documentación de sus relaciones literarias*. Madrid: Gredos.
- Martínez Mata, Emilio (2007): «El cambio de interpretación del *Quijote*: de libro de burlas a obra clásica», en: Martínez Mata, Emilio (coord.): *Cervantes y el Quijote: Actas del coloquio internacional, Oviedo 27 – 30 de octubre de 2004*. Madrid: Arco Libros, 197-214.
- Ortas Durand, Esther (2006): *Leer el camino. Cervantes y el “Quijote” en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- Vossler, Karl (1945): *Introducción a la literatura española del Siglo de Oro*. Buenos Aires: Colección Austral.